

Juan Carlos Jiménez Redondo

ESPAÑA Y PORTUGAL

EN EL ÁMBITO DE PODER DEL MUNDO ATLÁNTICO ANGLOSAJÓN

1945-2021



COMARES HISTORIA

JUAN CARLOS JIMÉNEZ REDONDO

ESPAÑA Y PORTUGAL
EN EL ÁMBITO DE PODER
DEL MUNDO ATLÁNTICO
ANGLOSAJÓN, 1945-2021

GRANADA, 2021

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», esta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Este trabajo es resultado del desarrollo del proyecto de investigación del Plan Nacional de I+D+I del ministerio de Economía y Competitividad, Proyectos de Excelencia «Los discursos geopolíticos de la península ibérica durante las dictaduras de Salazar y Franco: proyectos y realidades de la Alianza Peninsular y su proyección internacional» (Ref. HAR2015-68492-P), del que su autor es también investigador principal.

Financiado por: FEDER/Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades – Agencia Estatal de Investigación / Proyecto HAR2015-68492-P



Imagen de portada: Biblioteca Nacional de España

Diseño de cubierta y maquetación: Comba Studio

© Juan Carlos Jiménez Redondo

© Editorial Comares, 2021

Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-054-4 • Depósito legal: Gr. 1610/2021

Impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	
REFLEXIONES SOBRE EL ATLANTISMO Y OTROS CONCEPTOS PRÓXIMOS	VII
I. EL ATLANTISMO EN LA CONFORMACIÓN Y PRIMER DESARROLLO DE LAS DICTADURAS DE FRANCO Y SALAZAR, 1933-1953.	1
1.1. La lógica histórica de inserción de España y Portugal en el bloque atlántico de poder	1
1.2. La posibilidad de una inserción internacional asimétrica: entre la potencia continental y el eje euroatlántico	7
1.3. Prejuicios ideológicos y pragmatismo resignado: el nuevo atlantismo de hegemonía norteamericana	14
II. MADUREZ AUTORITARIA Y LEGITIMACIÓN EUROATLÁNTICA, 1953-1975	25
2.1. La evolución del sistema internacional: difusión del poder y resignificación del atlantismo	25
2.2. Las limitaciones del atlantismo franquista	30
2.3. El atlantismo portugués y las guerras coloniales: el principio del fin de la dictadura	36
III. TRANSICIONES A LA DEMOCRACIA Y ATLANTISMO: UNA RELACIÓN COM- PLEJA	47
3.1. La «década negra» de Estados Unidos: la primera «desatlantización» del sistema inter- nacional de la posguerra	47
3.2. Atlantismo y cambio político en la Península Ibérica	52
IV. EL SIGNIFICADO DIVERGENTE DEL ATLANTISMO EN LAS DEMOCRACIAS PENINSULARES	63
4.1. La «reatlantización» político-ideológica del sistema internacional: la hegemonía liberal- conservadora atlántica	63
4.2. Globalización y poder atlántico: Estados Unidos como poder imperial	69
4.3. La «atlantización invisible» del mundo: la globalización de la cultura, la ciencia y el pensamiento.	75
4.4. Continuidad y estabilidad del atlantismo en el Portugal de la democracia.	79
4.5. Entre el no y el sí: el atlantismo en tiempos del socialismo hegemónico de Felipe Gon- zález.	87
4.6. Atlantismo y elevación de estatus en el proyecto de España como potencia internacio- nal de Aznar: un liberal-conservador acusado de ser neoconservador	93

V. LAS POTENCIAS ATLÁNTICAS, DE LA GLOBALIZACIÓN A LA DESGLOBALIZACIÓN.....	105
5.1. La segunda «desatlantización» del sistema internacional de la posguerra.....	105
5.2. Conflicto personal o conflicto entre Estados: el proyecto inacabado de Rodríguez Zapatero.....	117
5.3. La desaparición del debate atlantista en España y la «reatlantización» retórica del nacionalismo portugués.....	126
A MODO DE CONCLUSIÓN:	
REFLEXIONES SOBRE EL ATLANTISMO DESDE ESPAÑA Y PORTUGAL.....	141
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	147

INTRODUCCIÓN
REFLEXIONES SOBRE EL ATLANTISMO
Y OTROS CONCEPTOS PRÓXIMOS

Desde la expansión ibérica de los siglos xv y xvi hasta la Primera Guerra Mundial, Europa vio el mundo como un espacio de expansión, dominio y conquista. La visión europea del mundo era rígidamente eurocéntrica. Primero, porque las otras grandes potencias mundiales de los siglos xvi o xvii — India, Japón o China — habían comenzado un acusado proceso de decaimiento y cierre que les había apartado de la modernidad del momento; y, segundo, porque la pérdida de poder de esas potencias periféricas había hecho todavía más evidente esa ventaja de desarrollo tecnológico, económico y militar de los países centrales de Europa. Tanto, que esa diferencia de poder acabó siendo tan abrumadora que los europeos comenzaron a fijar muy pronto sus ojos en esos imperios milenarios, exóticos y atractivos. El mito orientalista empujó a las potencias europeas a penetrar en Asia, arrastrando después a otras potencias como Rusia, e incluso a otras entonces emergentes como los recién independizados Estados Unidos de América. Asia fue pronto colonizada por Europa, al igual que África, que no fue únicamente conquistada por Europa, sino también recreada geográfica y políticamente por ella.

Solamente América, tras varios siglos de agarre europeo, logró escapar de su dominio después del tortuoso periodo de las independencias. Pero éstas no aseguraron una situación igual a todo el continente. El dominio territorial europeo fue sustituido por el dominio político y económico de esa potencia en construcción en la que se convirtió Estados Unidos, cuyo quinto presidente, James Monroe, con la inestimable colaboración intelectual de su secretario de Estado y luego sexto presidente de la Unión, John Quincy Adams, había enunciado la célebre «doctrina Monroe»: cualquier intervención de los europeos en el continente sería vista como un acto de agresión que podría llevar al gobierno de los Estados Unidos a intervenir. Una doctrina vieja reactualizada continuamente hasta hoy, como demuestra el discurso del hasta la fecha penúltimo presidente del país, Donald Trump, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas de septiembre de 2019 en el que, de forma nítida, señalaba que su

gobierno estaba comprometido a mantener la independencia del hemisferio occidental de la intrusión de potencias extranjeras expansionistas. El fondo de la doctrina es el mismo, no así los destinatarios, ya que en pleno siglo XXI las advertencias no aluden a la decadente Europa, sino a China y, en menor medida, a Rusia.

Lo que interesa señalar es que el eurocentrismo tuvo que convivir con un panamericanismo que no dejaba de intentar agrupar naciones que habían nacido de la presencia colonial europea. Esta percepción de un origen común y, por tanto, de un marco civilizatorio compartido, convivió siempre con las tendencias de individualización nacional desarrolladas a través de potentes movimientos nacionalistas. Esta cosmovisión compleja y muchas veces contradictoria de remarcar la individualidad de las naciones y, al mismo tiempo, invocar una coincidente pertenencia cultural, conformó también el concepto de atlantismo, entendido como una común conciencia de pertenencia y de valores compartidos en ambas orillas del Atlántico.

Aunque, por supuesto, es un concepto complejo, que no ha significado —ni significa— lo mismo para todos los actores implicados. Por ejemplo, para Estados Unidos y Gran Bretaña es la definición de sus relaciones privilegiadas basadas en la cultura, la forma y estilos de vida, el idioma, y en el conjunto de visiones del mundo e intereses que ambas naciones comparten. Es una expresión de liderazgo mundial y de primacía cultural, no exenta, incluso, de algún matiz biológico o racial. Baste una recurrida cita del que fue ministro de Comercio en los años finales del siglo XIX y uno de los imperialistas más convencidos de su país: Joseph Chamberlain. En concreto, en un discurso pronunciado el 11 de noviembre de 1895 en el Instituto Imperial de Londres afirmaba, sin dejar ninguna duda acerca de esta raíz racial del atlantismo anglosajón:

«Es la británica la más grande de las razas dominantes que el mundo ha conocido y, por consiguiente, el poder determinante en la historia de la civilización universal. Y no puede cumplir su misión, que es crear el progreso de la cultura humana, si no es merced a la expansión de la dominación inglesa. El espíritu del país tendrá fuerzas para cumplir esta misión que nos ha impuesto la Historia y nuestro carácter nacional. [...] El Imperio británico, firmemente unido, y los Estados Unidos deben juntos asegurar la paz del mundo y asumir la pesada responsabilidad de educar para la civilización a los pueblos retrasados.»

Sin embargo, para España y los países hispanohablantes de América era la conciencia de pertenencia a un espacio cultural, idiomático, religioso y afectivo común, que generaba por sí mismo un espacio multinacional de filiación espontánea y natural. La vieja idea de la Hispanidad —concepto vinculado al pensamiento conservador— o del Hispanoamericanismo —que se desarrolló bajo parámetros más «progresistas»—, que muy pronto adoptó un marcado carácter iberoamericano al considerar que Portugal y Brasil formaban parte de esa misma comunidad de intereses y valores, tuvo, al principio, un claro sesgo antiestadounidense. Esto es, como expresión identitaria compartida por los países de la península ibérica y esa otra América —que habla español

y portugués— que ya en el siglo xx acabó abandonando esas raíces identitarias para abrazar el concepto de América Latina. Un concepto propio de identidad construido frente al poder intimidador de la América rica anglosajona —con la limitada excepción de la región canadiense de Quebec.

Con la llegada de la democracia, España abandonó también el concepto de hispanidad y de hispanoamericanismo para oficializar la expresión Iberoamérica. Pero, además, desgajó también su vinculación atlántica entre ese espacio cultural considerado natural y esa otra relación de intereses de seguridad primero y fundamentalmente, y luego también, económicos, que comenzaron a situar a Estados Unidos como eje básico de la política exterior del país. Una diferencia que se desdibujó con el gobierno de José María Aznar López, por cuanto asumió un incipiente concepto de atlantismo integral. Su empeño no consiguió alcanzar un marco conceptual suficiente que lo hiciera coherente. Porque, en realidad, hacerlo significaba transformar ese ideal del iberoamericanismo que España estuvo intentando crear desde finales del siglo xix para articular una comunidad posimperial renovada.

Por tanto, cuando el presidente español se refería a la existencia de una comunidad trasatlántica, se estaba refiriendo a un espacio de valores e intereses conformado por Europa y Estados Unidos. Y cuando quiso dar un giro a la política exterior española en una dirección netamente atlantista, pensaba en un reforzamiento de raíz en las relaciones entre Madrid y Washington. De hecho, nunca planteó que España se empeñara seriamente en conformar una verdadera y completa comunidad atlántica que uniera la península con todo el Atlántico. Dicho de otra manera, nunca planteó la incorporación de Estados Unidos a la Comunidad Iberoamericana de Naciones al considerar que ésta se basaba en una idea de comunidad natural que no incluía a Estados Unidos, por muchos latinos que allí vivieran, o por mucho que el presidente español considerara al país norteamericano como el gran baluarte del mundo liberal y democrático y el líder de la civilización occidental. Por eso, cuando se relaciona al presidente Aznar con el atlantismo, se alude de forma exclusiva a la profundización de las relaciones entre Madrid y Washington que alentó, y a la identidad de valores políticos, ideológicos y estratégicos que quiso soldar entre ambos países.

Para Portugal, el atlantismo alude específicamente al ideal identitario luso-brasileño que se proyecta, también, hacia el Atlántico africano. Para los países del Este europeo, anegados por la tormenta comunista durante medio siglo, el atlantismo es un concepto defensivo y de seguridad que convierte a Estados Unidos en el protector de su independencia y de su libertad frente a la permanente tentación rusa de imponerles su hegemonía. Para la Europa occidental significa tanto la conformación de una comunidad de valores y principios, como, sobre todo, un marco de seguridad y defensa y de ayuda mutua de los dos grandes conjuntos regionales del centro del orden mundial. En modo alguno el atlantismo es percibido por los países europeos como un marco comunitario integral que se extienda a Estados Unidos y, también, a América

Latina. Prima en este caso un atlantismo segmentado y fragmentado, en el que las dos Américas apenas coinciden.

Eurocentrismo, atlantismo, y occidente. El último de los conceptos identitarios que conviene delimitar. Tras digerir la pérdida de los dominios americanos, el poderoso movimiento imperialista del último tercio del siglo XIX devolvió a los europeos, —por lo menos a los europeos de los países más avanzados del continente—, a la vieja convicción de que el mundo era de nuevo suyo. Pero ese autoconvencimiento de poder omnímodo comenzó a enfrentarse a algunos reveses importantes. En 1896 la joven Italia sufrió una dolorosa derrota en las tierras africanas de Abisinia, en concreto en Adua, frente a uno de los dos países africanos todavía independientes en esos momentos: el imperio etíope. Poco después, los todopoderosos británicos se enfrascaron en virulentos enfrentamientos en el África del Sur por la resistencia de los bóeres a perder su autonomía. Aunque Gran Bretaña logró incorporar ambos territorios —el Trasvaal y Orange— al Imperio, su resistencia demostró que la principal potencia europea no podía imponer por completo su voluntad en todos sitios. En 1898 Estados Unidos destruyó la resistencia española acabando con los residuos del viejo imperio español. Evidentemente, España ocupaba ya un lugar secundario en el orden europeo y hacía ya muchos años que vivía subordinada a los intereses franco-británicos. Pero no dejaba de representar un viejo poder europeo y Estados Unidos una nueva nación en auge que, desde fuera de Europa, comenzaba a reclamar su puesto en el concierto internacional. Con todo, el hecho más impactante en la mentalidad colectiva de los europeos llegó en 1905 con la derrota sin paliativos de los ejércitos rusos ante Japón. Para ellos, Rusia era una gran potencia europea, y Japón un emergente poder marítimo que había tenido que transformarse de forma radical en 1868 mediante un proceso de modernización que le salvaguardara de la codicia de las grandes potencias occidentales. Pero nunca sospecharon que el país asiático se hubiera podido convertir en una potencia de tal calibre como para aniquilar a los rusos en apenas un año de guerra. El impacto en Europa fue tremendo: no solo debía contar con esa nueva potencia que había alejado a los europeos de su territorio, sino que Japón era ya una de las grandes potencias mundiales, superior, incluso, a algunas de las viejas naciones europeas.

La Primera Guerra Mundial hizo que Europa tomara conciencia plena de que su papel protagonista en la historia del mundo había decaído en favor de nuevas potencias extraeuropeas como Estados Unidos, la recién creada Unión Soviética, o el revitalizado Japón pos-Meiji. La Gran Guerra había demostrado la extrema inconsistencia de esa autoconvicción de poder y la realidad de la fragilidad de una Europa dividida que debía reinventarse en un nuevo escenario mundial de nuevas potencias que, además, habían dado un salto económico, tecnológico e industrial extremadamente rápido.

La dificultad europea o, mejor dicho, de las elites europeas, para entender y aceptar este cambio estructural en el poder mundial lo refleja a la perfección Oswald Spengler en su obra de 1918: *La decadencia de Occidente*. El autor alemán utiliza el

concepto de occidental como sinónimo de europeo para describir y valorar de forma circunspecta el acelerado proceso de empequeñecimiento de Europa producido por ese aniquilamiento de guerras internas, llevado al paroxismo en 1914. Desde una perspectiva organicista, afirmaba que todas las civilizaciones pasaban por una etapa de desarrollo, otra de plenitud y una final e inevitable de decadencia. Europa había entrado ya en esa fase de declive que propiciaría, en su opinión, la sustitución de la democracia liberal por una especie de socialismo autoritario y autárquico, dirigido por una nueva aristocracia regeneracionista basada en el mérito.

Spengler afrontaba ese estadio de decadencia desde la importancia del factor económico como elemento de disolución del poder de Europa. Aspecto que José Ortega y Gasset planteó de forma muy diferente, porque el madrileño abandonó ese economicismo propio del anterior para centrar su reflexión en los factores de poder espiritual de la cultura europea. Perspectiva que le permitió rechazar la idea de decadencia para seguir abogando por un regeneracionismo europeísta como el único camino de modernidad para España. Sin embargo, el filósofo madrileño advirtió que la pérdida de Europa suponía un grave riesgo para el mundo, porque no existía ningún país o conjunto de países capaces de crear un «nuevo orden» que sustituyera al de esa Europa en decadencia.

En términos geopolíticos, la estructura de poder mundial se había transformado. El mundo había trasladado su eje de rotación al Atlántico. La idea del Lebensraum, que dominó la geopolítica alemana —y también europea— desde comienzos del siglo xx, y que situaba la Europa del Este como el espacio cuyo dominio aseguraba también el dominio del mundo, quedó en desuso tras la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos se convirtió ya de forma definitiva en la gran superpotencia atlántica y, por tanto, en la cabeza indiscutida del mundo occidental, que, en el marco de la Guerra Fría, era lo mismo que decir del mundo democrático liberal, o como se decía entonces, «del mundo libre».

El antagonista soviético y, en general, el comunismo en expansión, afianzaron la idea de identidad occidental con la de identidad atlántica, pues en buena medida venían a significar lo mismo: la antítesis del comunismo soviético y de sus áreas de influencia. Ambos conceptos no significaban solo democracia y liberalismo, sino anticomunismo. Por eso, en ambos se insertaron regímenes autoritarios de todo tipo. Pero la similitud identitaria no significó una verdadera identidad de intereses y cosmovisiones. Europa aprovechó su vinculación atlántica para endosar a Estados Unidos el problema de la reconstrucción de unas economías devastadas por la guerra y, también, las responsabilidades de su defensa frente a la amenaza soviética. Por eso el atlantismo alcanzó su pleno significado en el ámbito de la seguridad y la defensa, plasmado en una organización concreta: la Alianza Atlántica, creada en 1949. Nunca como entonces el significado del atlantismo coincidió tan plenamente con el de occidente. En realidad, la Alianza demostraba la nueva supeditación obligada de Europa a los intereses geoestratégicos

de Estados Unidos, en un reconocimiento de liderazgo hegemónico compensado por la política norteamericana de reconstrucción y de defensa de Europa frente al enemigo común: el comunismo soviético.

Sin embargo, la Europa continental —occidental— siempre pretendió, incluso cuando se vio abocada a un proceso de integración económica por la presión norteamericana, diferenciarse de la nueva superpotencia atlántica. La decadencia política de Europa y su acelerada pérdida de protagonismo internacional intentaron paliarse con un imaginario ideológico asentado en una supuesta «superioridad moral» europea frente al nuevo coloso americano. Así, por ejemplo, la incapacidad de articular un verdadero sistema europeo de defensa se disfrazó de ingenuidad voluntarista y de apelaciones a la dimensión de Europa como potencia civil frente al impulso fiero y poco racional de poder duro de Estados Unidos.¹ O las frecuentes justificaciones acerca de la superioridad del «modelo social europeo» frente al «capitalismo salvaje» y deshumanizado que muchos europeos identifican con Estados Unidos. En definitiva, Europa siempre puso de manifiesto la existencia de una cultura específica —la propia de la Vieja Europa, o la híbrida euromediterránea y de unos intereses también específicos, que en términos geopolíticos se dirigieron, hasta los años ochenta, a preservar bajo nuevas estructuras esos espacios coloniales edificados a lo largo de la Historia.

Vana pretensión. La independencia de la India en 1947 dejó traslucir que el nuevo mundo de la posguerra mundial no solo había dejado de ser eurocéntrico, sino que se iba a reconstruir disolviendo esa construcción colonial europea. La crisis de Suez de 1956, provocada por el bombardeo franco-británico y el apoyo terrestre israelí, de varios puntos de Egipto para obligar al presidente Nasser a renunciar a la nacionalización del Canal de Suez, acabó con la derrota política de las naciones europeas. Israel siguió manteniendo su presencia en la península del Sinaí gracias al apoyo norteamericano, pero Francia y Gran Bretaña, a pesar de vencer militarmente, se vieron obligadas a aceptar la nacionalización del Canal y la influencia soviética sobre Egipto. Era la demostración definitiva de la impotencia de las viejas naciones colonizadoras europeas en un nuevo escenario internacional que las había desplazado de su centro de gravedad. Y lo mismo sucedió en la vieja Indochina, donde Francia fue vencida por las fuerzas vietnamitas en la batalla de Dien Bien Phu de 1954, teniendo que ceder a Estados Unidos el protagonismo en la lucha contra el nacionalismo comunista vietnamita. Un desastre idéntico al que ya se había vivido en Corea, o a los que luego se repitieron en África, con el ejemplo argelino como uno de los más destacados.

La resistencia colonial europea expresaba la permanencia mental y conceptual de las fuerzas del pasado alimentadas por ese eurocentrismo ya en decadencia. Pervivió,

¹ Poder blando en la exitosa e influyente terminología de Joseph Nye, *Soft Power: The Means To Success In World Politics*, New York, PublicAffairs, 2005.

y con fuerza, hasta su definitiva desaparición en los años ochenta, cuando muchas de las viejas metrópolis intentaron recomponer un sucedáneo económico del viejo colonialismo: el neoimperialismo. La reconfiguración conceptual del atlantismo expresa, por el contrario, el intento de articular una dimensión cultural de pertenencia, civilizacional, si se quiere expresar así, que embride intelectualmente esas nuevas fuerzas relacionales surgidas tras la segunda posguerra mundial.

El atlantismo se subsume en un concepto más amplio de occidente y su proceso derivado de occidentalización. En realidad, significa la incapacidad de Europa de expandir su influencia axiológica y cultural por el mundo y la nueva fuerza de ese mundo atlántico a la hora de tomar ese relevo, engullendo los viejos liderazgos europeos. Esta reactualización del atlantismo alimenta una doctrina de identidad de intereses, valores y objetivos —políticos, económicos o militares— entre Estados Unidos y Europa. Pero si este concepto tuvo predicamento en el mundo de la Guerra Fría, desde los años noventa ha entrado en indudable crisis.² Primero, porque la emergencia acelerada de nuevas potencias, especialmente China, ha vuelto a hacer girar el centro de gravedad del mundo hacia el Pacífico, lo que ha deteriorado de forma evidente ese concepto de atlantismo como comunidad de intereses entre Estados Unidos y Europa. Segundo, porque Europa se encuentra en una crisis conceptual, de liderazgo y de gestión política que amenaza seriamente los fundamentos del proceso de integración emprendido desde los años cincuenta. Y, en tercer lugar, porque nunca se ha cuestionado más —tanto por los «otros» como por ella misma— la base cultural eurocéntrica de ese mundo atlántico y occidental que se debate en una sucesión de crisis económicas, políticas y de pensamiento que amenazan con llevarla al agotamiento.

Partiendo de este complejo contexto que tanto ha evolucionado con el paso del tiempo, conviene resaltar una obviedad: España y Portugal siempre han sido naciones atlánticas —Portugal por completo; España, en parte, dada la importancia de su dimensión mediterránea—, europeas y occidentales. El problema de ambas fue que su presencia e influencia internacionales han experimentado un acusadísimo proceso de pérdida de centralidad desde los inicios de la contemporaneidad. Los evidentes lazos históricos y culturales existentes entre los dos grandes Estados de la península ibérica con América Latina han hecho que, lógicamente, la definición ibérica del atlantismo se haya vinculado históricamente a la creación de un espacio hispánico y de un espacio lusófono, aunque el primero siempre fue imaginado desde España como un espacio iberoamericano integrado. Durante la segunda mitad del siglo xx se abrió paso un nuevo concepto de atlantismo que ya no se limitaba a esa imaginación iberoamerica-

² De ahí las críticas realizadas desde ciertos sectores norteamericanos a lo que denominan la debilidad de la Europa posmoderna en su función de complemento de Estados Unidos a la hora de mantener el orden mundial liberal. Robert KAGAN, *The World America Made*, New York, Knopf, 2012.

na efectiva, sino a cómo estos países debían relacionarse con Estados Unidos, piedra angular desde esas fechas de cualquier proyecto de política exterior viable, dada su condición de gran superpotencia mundial.

El atlantismo portugués es todavía más complejo dada la histórica influencia del Atlántico africano. Un imperio que conformó desde mediados del siglo XIX como válvula de seguridad frente a una España siempre considerada como un riesgo radical a su independencia e integridad territorial. El mito africano ha sido durante decenios uno de los grandes pilares de sustentación del nacionalismo portugués y una de las bases esenciales de sus imaginarios geopolíticos. Hasta el extremo de absorber en muchos momentos de su historia todas sus energías como potencia internacional. Esta visión compleja del atlantismo es, en buena medida, más ideológica y cultural que políticamente concreta, pues, incluso a pesar de verse envuelto en una terrible guerra en varios frentes durante más de una década, el país no renunció a insertarse en el nuevo marco atlántico que comenzó a diseñarse tras la Segunda Guerra Mundial.

En otras palabras, en Portugal, esa pertenencia atlántica encontró su definitiva expresión cuando el país pasó a ser miembro fundador de la Alianza Atlántica, lo que ha hecho que ningún partido político haya puesto en cuestión esas definiciones identitarias atlánticas y occidentales del país. Curiosamente, no ha sucedido igual con su autopercepción europea, puesto que hasta los años sesenta el nacionalismo portugués se había basado en una negación implícita de esa dimensión europea para centrarse en la definición atlántica e imperial del país. Solamente desde la transición a la democracia estas tres identidades se fusionan de forma definitiva, convirtiéndose en soportes esenciales de los imaginarios geopolíticos del país.

En España, por el contrario, la política de aislamiento internacional del régimen franquista abanderada por las principales potencias europeas hizo que las percepciones geopolíticas del país privilegiaran una dimensión atlántica definida en un doble sentido. Por un lado, como un proyecto inclusivo de política exterior definido por la conformación de un bloque internacional articulado por la historia, la cultura, la religión y el idioma; por otro un atlantismo de seguridad y defensa centrado en Estados Unidos con una doble función: una, garantizar la seguridad y la defensa del país en el marco de la Guerra Fría al no poder incorporarse a la Alianza Atlántica; y, dos, generar una dinámica de sinergias que llevara a Estados Unidos a resolver el problema político del régimen, es decir, garantizar la estabilidad y permanencia de la dictadura franquista como parte de esa política de seguridad y defensa occidental que lideraba el país americano. Por eso en España el concepto de atlantismo, incluso de occidente ha contado con más sectores ideológicos críticos. Unos, han mantenido enormes reticencias hacia este país por su carácter de superpotencia y su proclividad tradicional para la utilización unilateral de la fuerza en las relaciones internacionales. Otros, han mantenido una política de filiación tan acrítica que pretendía situar a España

dentro del marco de influencia norteamericano obviando la fuerte reticencia social que determinados sectores ideológicos han mostrado tradicionalmente hacia ese país.

En este libro se parte de la idea de atlantismo integral, entendiendo por tal su necesaria consideración como un proyecto global de política exterior que para España y Portugal debería significar jugar un papel internacional relevante gracias a su capacidad potencial de contribuir a una política global definida en términos cooperativos y no estrictamente competitivos, capaz de estimular el desarrollo como factor de estabilidad del sistema internacional. España y Portugal deben seguir trabajando para conseguir asentar, por lo menos en parte, un proyecto de complementariedad trasatlántica que ayude a transformar la imagen general del mundo más desarrollado gracias a un multilateralismo renovado y efectivo, orientado a mejorar las condiciones de vida de millones de personas. En otras palabras, el atlantismo debe seguir significando un verdadero proyecto de política exterior, definido tanto en términos horizontales (relación entre países) como transversales: actuación en ámbitos como la promoción de la democracia y los derechos humanos, la lucha contra la pobreza, promoción de la paz y el estado de derecho, promoción económica y cultural; y con instrumentos blandos socialmente bien apreciados.

Se ha hablado mucho del atlantismo y de su importancia para España y Portugal. Pero nunca hasta ahora se había hecho un estudio conjunto de su significado en los dos países. Y nunca se había abordado desde un criterio de estricta actualidad, ya que el estudio, aunque parte de las dictaduras, llega hasta hoy. Es decir, hasta los gobiernos de Costa y Sánchez. Por tanto, se tratan aspectos tan discutidos y polémicos como el giro atlantista de Aznar y la posición de España durante la guerra de Irak, el giro anti-Bush de Rodríguez Zapatero, la política pragmática y de bajo perfil de Rajoy y la nueva reideologización introducida por el gobierno de coalición entre socialistas y populistas de extrema izquierda, con conceptos como, por ejemplo, el de feminización de la política exterior y que, en la práctica, ha agudizado una lenta pero perceptible “desatlantización” de la política exterior española. Se analiza, también, el significado de las distintas administraciones norteamericanas y su influencia en España y Portugal. Y, por fin, se toma en consideración el relativo consenso sobre el atlantismo típico de Portugal que ha desembocado hoy, con un gobierno socialista apoyado por los partidos de extrema izquierda, en un nuevo giro nacionalista de la política exterior portuguesa asociado con la actualización del concepto de identidad atlántica.

En definitiva, es un libro que permite comprender aspectos esenciales de la política exterior más actual de España y Portugal y que proporciona, también, elementos de valoración imprescindibles para comprender el papel jugado por ambos países en el cambiante y complejo mundo que nos ha tocado vivir en este último medio siglo.



MINISTERIO
DE CIENCIA
E INNOVACIÓN



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-054-4



9 788413 690544